

Las ciencias en conflicto: tipos y funciones de la transgresión interdisciplinaria*

Alejandro Portes

I. Definición del terreno

CON FRECUENCIA, LA CIENCIA ES DESCRITA COMO una de las más grandes empresas colaborativas de la humanidad, imagen a la que el paradigma kuhniano dio un gran impulso, al presentarla como una cerrada malla comunitaria, en la que en tiempos “normales” todos trabajan laboriosamente para unir el rompecabezas del conocimiento y que es periódicamente reorientada a raíz de descubrimientos trascendentales. En forma más ecléctica, los sociólogos de la ciencia convienen en aceptar que en el desarrollo de la actividad científica, como en cualquier otra institución social, coexisten simultáneamente las conductas competitivas, cooperativas y conflictivas. Sin embargo, aunque indudablemente cierta, esta laxa afirmación, lo mismo que el cándido retrato de una comunidad que trabaja en absoluta cooperación como un panal de abejas, no llega al fondo del asunto.

Basta hacer un breve recorrido por la historia de la ciencia en general y de las ciencias sociales, en particular, para descubrir que en ellas siempre ha existido un profundo conflicto entre convicciones diferentes que se defienden con fiereza. Estas pugnas, aunque hayan resultado duras para los individuos, produjeron algunas de las innovaciones más fecundas en las distintas disciplinas. Así, el terreno de la ciencia podría

* Trabajo escrito para el Annual Dean's Symposium, Universidad de Chicago, 6 de mayo de 1994. Fue publicado originalmente en inglés con el título: “Contentious Science: The Forms and Functions of Trespassing”, en A. Portes, *By-Passing and Trespassing: Explorations in Boundaries and Change*, College Park, Maryland, Urban Studies and Planning Program of the University of Maryland, 1995.

compararse con un campo de batalla donde los individuos unen sus fuerzas únicamente en tanto los acerca un conjunto de convicciones compartidas, y en el cual unos y otros rivalizan por imponer la forma más eficiente en que pueda defenderse el cuerpo de opiniones que sostienen de manera común. Así, la cooperación y la competencia efectivamente existen, pero sólo en el contexto de un agudo conflicto entre puntos de vista generales sobre cierto tópico.

Esta imagen del terreno científico se manifiesta al observar los diferentes niveles de abstracción en los que ocurren los tres procesos sociales (cooperación, competencia y conflicto). Los equipos de científicos colaboran para demostrar la validez o falacia de determinada generalización empírica o proposición comprobable (digamos, por ejemplo, que la fiscalización hace disminuir la productividad). Es posible que los científicos compitan en cuanto a la capacidad relativa de diversas teorías para explicar y predecir un fenómeno dado (por ejemplo, el crimen explicado por el método de la "etiquetación" o de la "subcultura desviada"), pero no habrá duda alguna entre aquellos que estén participando en esta labor, ya sean colaboradores o contrincantes, respecto a que los otros son miembros igualmente legítimos de la empresa científica y que sus hallazgos y argumentos deben ser tomados con seriedad.

Una actitud muy distinta se manifiesta hacia aquellos que se mantienen al margen de las hipótesis y prácticas generales que estructuran determinada disciplina. Así, los defensores de la ortodoxia funcionalista solían calificar de "no sociólogos" a los proponentes del marxismo o de los enfoques etnometodológicos, mientras que los adeptos del paradigma neoclásico lanzaban el epíteto fulminante de "no economistas" a diversas vertientes del institucionalismo o de la economía política marxista. Es aquí donde emerge el conflicto, pues el objetivo no apunta simplemente a demostrar la mayor eficacia exploratoria o predictiva de una teoría en particular, sino a establecer una identidad absoluta entre una forma específica de pensar en el interior de determinada disciplina o, en los casos extremos, de establecer la propia realidad. En el campo de batalla científico se buscará entonces demostrar el error de los adversarios que trabajan en un nivel bajo de abstracción (competencia); los adversarios respecto de los supuestos básicos y las creencias filosóficas deberán ser definitivamente expulsados o, cuando menos, relegados hasta los linderos del territorio (conflicto).

En cuanto a la empresa científica como un todo, existe una fricción dialéctica entre los constructores del sistema ortodoxo y sus impugnadores. Los positivistas lógicos y los relativistas kuhnianos concuerdan en que, a fin de progresar, toda disciplina debe contar con un marco de supuestos comúnmente aceptados respecto de los métodos adecuados

de argumentación y demostración.¹ Si los impugnadores de un paradigma central ganaran la batalla, la disciplina podría perder sus fundamentos y disgregarse en feudos rivales, cada vez más alejados de su propósito original. Por otra parte, si un paradigma logra derrotar a todos los otros, sus principios adquieren la categoría de una doctrina casi religiosa. Cuando no existe la refutación, las proposiciones establecidas se vuelven insensibles a la evidencia empírica y la empresa científica se convierte en una tarea escolástica, en la que el hecho de “encajar” con el resto del edificio, más que el acierto basado en evidencias, adquiere el carácter de norma última de demostración.

Es aquí donde interviene la transgresión. En el pasado, ésta fue percibida como el conjunto de acciones de un personaje fastidioso y ocasional que desafiaba, por lo general sin éxito, al *Behemoth* de un paradigma establecido. Pero la transgresión es más que eso. En este trabajo intentaré demostrar que esta forma de actividad teórica ha servido en varias ocasiones ya sea para plantear un verdadero desafío a los enfoques hegemónicos o para propiciar su resurgimiento. De manera general, espero poder demostrar que la transgresión constituye la forma de actividad que actualiza más efectivamente la función que desempeña el conflicto como catalizador del progreso de la ciencia, lo cual logra al incidir precisamente sobre la dialéctica entre hegemonía y pluralismo, en oposición a las tendencias predominantes del momento.

II. Formas de intrusión

La acción de invadir territorios ajenos puede adoptar diversas formas y manifestar distintos grados de ambición. En el presente trabajo me ocuparé principalmente de las transgresiones más osadas —aquellas que cruzan las fronteras de las disciplinas— y cuyas metas son las más ambiciosas —las que buscan modernizar totalmente una forma de pensamiento, al refutar los axiomas existentes—. Pero la transgresión no tiene que venir necesariamente desde afuera, sino que puede ser iniciada por agentes formalmente afiliados a la propia disciplina, siempre que sus argumentos adopten ideas externas que desafíen, en un sentido fundamental, las creencias imperantes.

¹ Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1962; Ernest Nagel, *The Structure of Science*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1961, caps. 6 y 13.

En general, las disciplinas pluralistas que carecen de un núcleo sólido son más propensas a recibir acometidas avasalladoras cuyo objetivo es sustituir esa Babel de opiniones antagónicas por una nueva base paradigmática. Por el contrario, las disciplinas en las que se ha entronizado determinada ortodoxia son objeto de múltiples formas de ataque, que pueden tener el propósito de abrir espacios a enfoques alternativos o bien de contener al paradigma reinante dentro de sus fronteras tradicionales. Para continuar con la analogía del campo de batalla, me referiré a estas distintas modalidades con los términos que destaquen su dimensión conflictiva común.

1. La cruzada

Como caballeros normandos que van a la reconquista de la Tierra Santa, los teóricos de las disciplinas firmemente establecidas organizan expediciones militares hacia los campos menos estructurados. Para ellos el territorio de la disciplina que se tiene en la mira es muy valioso, pero sus ocupantes, al igual que los turcos de Seljuk en Tierra Santa, son menos que satisfactorios. La sociología, que una vez fuera una disciplina con un núcleo sólido y con capacidad para organizar ese tipo de vigorosos embates, en la segunda mitad del presente siglo se fragmentó al grado de convertirse ella misma en el blanco de numerosos asaltos.

Muchos ejemplos me vienen a la mente, pero sólo citaré dos. En 1975, Edward D. Wilson, entomólogo de Harvard, publicó su *Sociobiology*, a la que siguió la edición condensada de 1980. Aun cuando el cuerpo de la obra se refería a las sociedades animales, los sociólogos correctamente percibieron que su propósito final era incluir a las sociedades humanas dentro de la "Síntesis Moderna" derivada del paradigma neodarwiniano.² El propio Wilson, aunque tomando la precaución de evitar una forma extrema de reduccionismo o de proclamar el éxito indudable de su empresa, sostenía:

Tal vez no sea excesivo afirmar que la sociología y otras ciencias sociales [...] son las últimas ramas de la biología que están en espera de ser incluidas por la Síntesis Moderna. Así, una de las funciones de la sociobiología es reformular las bases de las ciencias sociales de tal forma que estos temas sean atraídos hacia la Síntesis Moderna. Aún queda por ver si las ciencias sociales podrán ser verdaderamente biologizadas de esta manera.³

² Edward D. Wilson, *Sociobiology. The Abridged Edition*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1980.

³ *Ibid.*, p. 4.

Pero, pese a su aparente reserva, Wilson se lanzó a la tarea de reformular los fundamentos de las ciencias sociales, en general, y de la sociología, en particular. Ello explica por qué los análisis subsecuentes de su libro enfocaron su atención en el capítulo 26 del mismo, que aborda el tema de las sociedades humanas, y por qué esa sección no fue tocada en la versión condensada. Aun cuando Wilson tenía los suficientes conocimientos para negar la función de la cultura como sustituto de la transmisión por el ADN en el proceso evolutivo de la sociedad del *homo sapiens*, sí se empeña en demostrar las coincidencias entre la conducta humana y la de los primates más evolucionados, así como en plantear hipótesis plausibles sobre las bases genéticas, más que culturales, que explican gran parte de las interacciones sociales humanas.⁴

Este fin último aparece claramente desde la primera página, cuando Wilson reprende suavemente a los filósofos éticos por plantear principios no demostrados:

La existencia del ser o el suicidio que le pone fin no constituyen la pregunta central de la filosofía. El complejo hipotalámico-límbico refuta automáticamente tal reducción lógica, lanzando un contraataque de sentimientos de culpa y de altruismo. En este sentido, los centros de control emocional del propio filósofo son más sabios que su conciencia solipsista, ya que "saben" que, en el tiempo evolutivo, el organismo individual tiene un valor casi nulo.⁵

La sociobiología representa la cruzada ejemplar en la cual un líder impetuoso abandona su reino teórico bien fortificado con el afán de extender sus dominios hacia tierras menos desarrolladas y más vulnerables. Su objetivo no es explicar todo aquello que los sociólogos estudian, sino dar otra orientación a los fundamentos axiomáticos de la disciplina, implantando en ella una nueva perspectiva teórica, a saber, la Síntesis Moderna.

Las funciones que dicha transgresión desempeña son múltiples y trascienden el interés consciente del cruzado. El concepto de consecuencias no intencionales, elemento muy desarrollado del propio arsenal teórico de la sociología, puede utilizarse provechosamente para el análisis de los efectos colaterales de la tentativa del valeroso caballero. Sin embargo, antes de hacer esto, quisiera regresar a mi segundo ejemplo. Éste proviene de cuarteles teóricos más próximos y se refiere a los esfuerzos

⁴ *Ibid.*, pp. 274-277.

⁵ *Ibid.*, p. 1.

de algunos economistas por extender su marco analítico hacia otras ciencias. Estos esfuerzos se iniciaron a mediados de la década de los cincuenta, cuando ciertos académicos, como Gary Becker y Anthony Downs, plantearon que era posible analizar la conducta política utilizando los modelos económicos. En 1976, Becker publicó su libro *The Economic Approach to Human Behavior*, que muy pronto se convirtió en el manifiesto de esta cruzada particular. Becker no fue modesto al referirse a los alcances de su empresa:

De hecho, he llegado a la conclusión de que el enfoque económico es una perspectiva muy amplia que puede aplicarse a cualquier tipo de conducta humana, ya se trate de comportamientos que se refieran a costos del dinero o a precios fantasma imputados; a decisiones repetitivas o poco frecuentes; a resoluciones importantes o menores; a fines emocionales o mecánicos; a personas ricas o pobres; a mujeres u hombres; adultos o niños; individuos brillantes o estúpidos; hombres de negocios o políticos; maestros o estudiantes.⁶

Anteriormente, los economistas se habían mantenido al margen de los temas sociales y políticos, por lo que la nueva cruzada fue recibida con cierto escepticismo en los principales círculos. Pero cuando James Buchanan, primero, y Gary Becker, más tarde, recibieron el Premio Nobel en economía, su enfoque adquirió mayor aceptación institucional, como un método legítimo de exploración de la disciplina.⁷ En su planteamiento original, Becker concedía que los factores no económicos ejercían cierta influencia en la vida social y, en consecuencia, que las contribuciones de otros científicos sociales tenían cabida, pero no deseaba que esta transigencia fuera mal interpretada:

Al mismo tiempo, no quiero suavizar la fuerza de mis argumentos con el fin de ganar aceptabilidad en el corto plazo. Lo que afirmo es que el enfoque económico ofrece un valioso marco unificado para comprender *todas* las conductas humanas.⁸

Al igual que el sociobiólogo Wilson, Becker hizo más que exponer un planteamiento programático, pues su siguiente paso fue aplicar di-

⁶ Gary S. Becker, *The Economic Approach to Human Behavior*, Chicago, University of Chicago Press, 1976, p. 8.

⁷ Richard Swedberg y Mark Granovetter (comps.), "Introduction", en *The Sociology of Economic Life*, Boulder, Col., Westview Press, 1992, pp. 1-26.

⁸ Becker, *op. cit.*, p. 14 (cursivas del autor).

chas ideas a aspectos tales como la educación, la fertilidad, el crimen y la familia, a la vez que sus discípulos extendieron el alcance de este proyecto hasta otro campo. Borjas, por ejemplo, elaboró una teoría sobre la migración internacional, basada en el análisis económico del costo-beneficio.⁹

La respuesta a estos embates innovadores tuvo repercusiones en dos distintos niveles: el de la teoría de la disciplina afectada y el de la investigación empírica. En la siguiente sección abordaré el primer nivel, en virtud de que en éste se presentan, simultáneamente, fuertes contramovimientos y transgresiones de reacción. En cuanto a la investigación empírica, la comunidad de científicos sociales de cada área afectada recibió con interés las innovaciones provenientes de las disciplinas más avanzadas, pero al final hubo reacciones contrarias debido a la irregularidad de las predicciones resultantes. En un importante libro sobre las determinantes del crimen en los barrios urbanos, el antropólogo Mercer L. Sullivan relata el arribo del “modelo económico” a su campo y los intentos subsecuentes que realizaron los investigadores por demostrar que el crimen puede ser entendido en los términos del análisis de costo-beneficio, al igual que cualquier otra forma de conducta económica:

Los economistas se dieron a la tarea de correlacionar el crimen agregado con las tasas de empleo a lo largo del tiempo, esperando demostrar la existencia de una fuerte vinculación entre ambos. Pero sus esfuerzos obtuvieron resultados tan adversos que no hicieron sino debilitar más la idea que por sentido común se tiene de que condiciones malas de empleo generan criminalidad.¹⁰

En opinión de Sullivan, la gran promesa del modelo económico respecto del crimen se estrelló contra una barrera de resultados contradictorios que llevaron a la conclusión de que la “nocividad moral” de la conducta criminal no puede ser fácilmente reducida a categorías económicas.¹¹

De manera similar, en el área de la inmigración, los investigadores no tardaron en constatar que el análisis costo-beneficio de las determinantes de la migración transfronteriza tenía un escaso valor predictivo en relación con otros modelos que parten de bases empíricas. La inmi-

⁹ George J. Borjas, *Friends or Strangers, the Impact of Immigrants on the U.S. Economy*, Nueva York, Basic Books, 1990.

¹⁰ Mercer L. Sullivan, *“Getting Paid”: Youth Crime and Work in the Inner City*, Nueva York, N. Y., Cornell University Press, 1989, p. 5.

¹¹ *Ibid.*

gración contemporánea rara vez proviene de los países más empobrecidos o de los estratos más necesitados de la población de los países emisores. Más aún, los pueblos y aldeas de un mismo país, con condiciones económicas similares y próximos unos de otros, presentan tasas muy diferentes de emigración.¹² Por otra parte, los niveles de ingreso económico, que el modelo de Borjas establece como un elemento significativo para los cálculos de costo-beneficio de los posibles migrantes, resultan ser igualmente indeterminados. Así, por ejemplo, si bien tanto México como la India son países con una distribución del ingreso altamente desigual, son pocos los profesionales mexicanos que emigran, mientras que un gran número de ellos lo hacen de la India, en términos absolutos y relativos. Una explicación diferente y con más solidez empírica sobre las determinantes de la migración internacional es la que exponen sucintamente Massey y colaboradores:

La migración internacional comenzó por una complementariedad de oferta y demanda. Sin embargo, una lección fundamental [...] es que la migración presenta una fuerte tendencia intrínseca a hacerse más extensa con el paso del tiempo [...] Estos altos niveles de migración internacional son fomentados y sustentados por redes sociales que se traman por el parentesco, la amistad y el paisanaje, los cuales se han ido adaptando a la empresa migratoria. Estos vínculos sociales facilitan el movimiento de las personas y de la información.¹³

O bien, como lo expresa Charles Tilly, no son las personas las que emigran, sino las comunidades ligadas por redes sociales.¹⁴

Pero éstas podrían considerarse escaramuzas que ocurren en ciertos puntos de la línea de batalla y que no disminuyen significativamente el ímpetu de la cruzada. Este tipo de transgresión desempeña tres posibles funciones: 1) introducir en la disciplina apuntada un nuevo núcleo paradigmático, lo que constituye, por supuesto, el primer objetivo de la ma-

¹² Joshua S. Reichert, "The Migrant Syndrome: Seasonal U.S. Wage Labor and Rural Development in Central Mexico", *Human Organization*, núm. 40, primavera de 1981, pp. 59-66; Alejandro Portes y József Böröcz, "Contemporary Immigration: Theoretical Perspectives on Its Determinants and Modes of Incorporation", *International Migration Review*, núm. 23, otoño de 1989, pp. 606-630.

¹³ Douglas Massey, Rafael Alarcón, Jorge Durand y Humberto González, *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1987, p. 316.

¹⁴ Charles Tilly, "Transplanted Networks", en V. Yans-McLaughlin (comp.), *Immigration Reconsidered: History, Sociology and Politics*, Nueva York, Oxford, 1990, pp. 79-95.

niobra, ya que mientras más grande sea el número de “conversos” en el territorio contrario y más alta la categoría de sus científicos, mayor será la probabilidad de lograr la reorientación paradigmática; 2) vitalizar determinadas áreas de investigación con nuevas teorías y proposiciones comprobables, ejemplo de lo cual es el efecto provocado por la sociobiología en áreas tales como la ecología social de las organizaciones y los modelos económicos aplicados a temas sociológicos como el crimen, la conducta reproductiva y la familia; 3) inducir a una contraofensiva por parte de la disciplina afectada, que lleve a que ésta reafirme y perfeccione su propio núcleo paradigmático. Esta última consecuencia no intencional de las cruzadas es quizá la más importante, ya que puede dar lugar a transgresiones de reacción.

2. La contraofensiva

En un artículo que publicó la revista *Contemporary Sociology* cuando el debate en torno a la sociología estaba en su punto más álgido, Milton M. Gordon resumió la postura que mantenía la corriente principal de la disciplina afectada:

[...] los sociobiólogos insisten en que el estudio comparativo de las especies animales distintas del *homo sapiens* puede revelarnos mucho sobre las raíces biológicas de la conducta humana. Yo no veo cómo... Por las razones que sean, la historia evolutiva del hombre lo llevó a poseer un cerebro voluminoso y circunvolucionado, que es capaz de elaborar un complejo pensamiento conceptual, así como la sensibilidad emocional y estética que lo acompañan. Ninguna otra especie animal cuenta ni remotamente con este tipo de equipo biológico. La distancia que existe entre un chimpancé que se vale de un palo para hurgar por comida y la creación por el ser humano de la teoría y tecnología de la energía atómica es tan enorme que desafía la posibilidad de inventar un método de medición que alcance a evaluarla.¹⁵

En este párrafo, Gordon expresaba al mismo tiempo las bases para refutar las afirmaciones de la cruzada de Wilson y la irreductibilidad del territorio que reclaman las ciencias humanas, en general, y la sociología, en particular. Como lo observara Pierre van der Berghe, pese a ser un impulsor activo de los esfuerzos de Wilson, toda disciplina está en pie de guerra contra su “antidisciplina”, es decir, la que está inmediata-

¹⁵ Milton M. Gordon, “A Philosopher Enters the Sociobiology Debate”, *Contemporary Sociology*, núm. 9, noviembre de 1980, p. 790.

mente debajo de ella en la cadena del reduccionismo. En el caso de la biología, cuyo argumento para que se le considere una disciplina independiente es que la materia viva posee *ciertas* propiedades que no pueden ser totalmente reducidas a los principios de la química, esta última constituye su antidisciplina.¹⁶ A su vez, la biología es la antidisciplina de las ciencias sociales y de ahí la fiereza con que fueron rebatidos los avances de la cruzada del entomólogo. No obstante, Wilson logró reclutar algunos promotores y simpatizantes prominentes entre la sociología, tales como Van der Berghe y, más adelante, George Homans, quien deploraba la actitud defensiva de sus colegas en contra de cualquiera que se acercara a su territorio. En palabras de Homans:

Cada vez que una disciplina, incluso una tan obviamente relacionada como la psicología, empieza a dar muestras de que podría contrariar a la sociología, algunos miembros de la disciplina comienzan a temer que ésta perderá su identidad. Tal reacción es la misma que han tenido hacia la sociobiología y esa susceptibilidad constituye un desagradable síntoma de falta de seguridad en sí mismos.¹⁷

Sin embargo, pese a esta y a otras manifestaciones de apoyo, hacia mediados de los años ochenta el debate ya había sido dado por terminado, en lo que a fines prácticos se refiere. Al igual que otros pasados aspirantes a la hegemonía, la sociobiología fue finalmente replegada hasta las márgenes de la sociología y sus seguidores quedaron tan debilitados que no les fue posible obtener siquiera su propia sección en la American Sociological Association. Pero la enérgica contraofensiva con que se atacó la extrapolación de las sociedades animales a las humanas no llegó más allá de las fronteras de la sociología, dado que la biología, siendo su "antidisciplina", era inmune al influjo de los modelos sociológicos y no se hizo intento alguno por demostrar lo contrario.

Pese al fracaso de esta cruzada, sí se logró un objetivo importante y no intencional, a saber, dirigir la atención a los fundamentos mismos del enfoque sociológico respecto de las sociedades humanas. Durante mucho tiempo este núcleo había permanecido oculto y protegido por la absoluta convicción sobre la singularidad de su materia de estudio. No obstante, el desafío lanzado por la sociobiología obligó a que se reconsiderara qué es lo que hace únicas a las sociedades humanas y cuáles

¹⁶ Pierre van der Berghe, "Les animaux dénaturés", *ibid.*, núm. 8, mayo de 1979, pp. 348-349.

¹⁷ George G. Homans, "Nature Versus Nurture: A False Dichotomy", *ibid.*, núm. 8, mayo de 1979, pp. 347-348.

son sus rasgos comunes y diferenciadores respecto a las comunidades de primates y a otras sociedades animales.

Un recibimiento diferente tuvo la aplicación sistemática del modelo económico en las otras ciencias sociales. Aquella cruzada singular produjo secuelas más intensas, que se manifestaron tanto en el número de nuevos adeptos a la postura individualista racional, como en la tentativa de quienes dirigían la línea defensiva por llevar la batalla más allá de las fronteras de la disciplina. El primer precedente moderno de la actual confrontación tuvo lugar en la antropología, más que en la sociología o las ciencias políticas. Los defensores del “enfoque de mercado” para el análisis de la conducta económica tomaron en la antropología social el nombre de “formalistas”. Durante las décadas de los cincuenta y sesenta éstos se enfrentaron a los “sustantivistas”, los cuales, bajo el mando de Karl Polanyi, sostenían que los mercados no eran un fenómeno ni natural ni universal, sino tan solo instituciones socialmente construidas, que caracterizaban a un periodo determinado de la historia mundial.¹⁸

Si bien este debate antropológico prefiguró de muchas maneras los actuales enfrentamientos, también presentó diferencias significativas. En primer lugar, se centró en la naturaleza de la acción *económica* y no en las esferas no económicas que los cruzados economistas involucraron después en la contienda. Tanto Polanyi como sus oponentes consideraban que estas áreas no económicas estaban fuera del ámbito de la conducta o análisis de los mercados. En segundo lugar, los sustantivistas estaban dispuestos a aceptar que los supuestos propios del análisis económico —tales como el cálculo de costo-beneficio, la maximización individual y las preferencias estables— eran apropiados para las condiciones del mercado moderno.¹⁹ Como veremos en breve, la contraofensiva apuntó hacia la sustentabilidad de dichos supuestos.

Enarbolando las insignias de la teoría de la “elección pública” y de la “acción racional”, el enfoque económico para el análisis del comportamiento humano ha realizado incursiones significativas tanto en el campo de la ciencia política como en el de la sociología, y a la fecha se está creando una nueva Sección de Elección Racional en la *American Sociological Association*, la cual dará identidad disciplinaria a esta nue-

¹⁸ Karl Polanyi, “Our Obsolete Market Mentality: Civilization Must Find a New Thought Pattern”, *Commentary*, núm. 3, 1947, pp. 109-117; del mismo autor, *The Great Transformation*, Boston, Beacon Press, 1957.

¹⁹ Mark Granovetter, “The Nature of Economic Relationships”, en R. Swedberg (comp.), *Explorations in Economic Sociology*, Nueva York, Russell Sage, 1993, pp. 3-41.

va corriente. Según el cristal con que se los mire, los seguidores de la TAR (teoría de la acción racional) aparecen o bien como salvadores de una disciplina en desgracia, o como quinta columnistas que intentan socavar los fundamentos del enfoque sociológico. Estos últimos han organizado una contraofensiva cuyo propósito es, en primer lugar, evitar que sus colegas sociólogos se dejen embrujar por el canto de sirena del modelo de costo-beneficio. Así, Paul Hirsch y colaboradores presentan una poderosa descripción de las diferencias que separan a ambas disciplinas y concluyen con la siguiente admonición:

[...] pese a la estabilidad y poder de las premisas centrales de los economistas y a la coherencia lógica que éstas permiten, un error letal amenaza a los sociólogos en su modelaje deductivo, a saber, que ellas los llevan a ignorar el mundo empírico que los rodea [...] Se debe hacer consciente a los sociólogos de estos peligros para que no nos convirtamos en una versión de segunda de algo que los economistas ya hacen muy bien.²⁰

Poco más adelante, Hirsch *et al.* neutralizan ese último elogio ambiguo de la frase, al criticar de manera tajante la creciente irrealidad de las teorías económicas. Paralelamente a la observación de Charles Schultze sobre el terror que tienen los economistas de volverse sociólogos, estos autores sostienen que los sociólogos deben evitar a toda costa aceptar los supuestos racionalistas del análisis económico, dado que tales conjeturas son en sí mismas muy dudosas. A final de cuentas, todo se resume al choque entre “los modelos irreales pero limpios de la economía contra la manos sucias con orientación hacia el *verstehen* de la sociología”.²¹

Otros oponentes al modelo de la acción racional han puesto el acento en el carácter cuestionable de los supuestos estándares de la economía y han iniciado una ofensiva para negar su aplicabilidad. Con esto, su ataque ha ido mucho más lejos que el de Polanyi, al afirmar que los actores del mercado y otros protagonistas económicos se comportan en formas mucho más complejas que las consideradas por la analogía del costo-beneficio individual. La premisa es que la conducta del mercado es comportamiento *social* y, por tanto, sujeta a la maraña de tensiones

²⁰ Paul Hirsch, Stuart Michaels y Ray Friedman, “Clean Models vs. Dirty Hands: Why Economics is Different from Sociology”, en S. Zukin y P. DiMaggio (comps.), *Structures of Capital. The Social Organization of the Economy*, Nueva York, Cambridge University Press, 1990, pp. 41-42.

²¹ *Ibid.*, p. 491.

generadas por redes y normas sociales. Éste es el problema del “empotramiento”, que Granovetter redefinió a partir de sus orígenes polanyianos, de forma tal que abre un nuevo espacio para el análisis sociológico de la economía:

Gran parte de la tradición utilitaria, incluida la economía clásica y la neoclásica, parte del supuesto de que el comportamiento racional y de interés individual se ve mínimamente afectado por las relaciones sociales [...] En el otro extremo se encuentra el argumento del “empotramiento”, en el cual se sostiene que la conducta y las instituciones que se analizan están tan consustanciadas por las relaciones sociales presentes, que el hecho de construir las como si fueran independientes constituye un grave error de interpretación.²²

Granovetter explícitamente distingue su postura de la opinión —predominante en las primeras etapas de la sociología funcionalista— de que los individuos se comportan, antes que nada, de acuerdo con ciertas pautas internalizadas, y también hace notar la ironía de que tal concepción “sobresocializada” de las acciones humanas y el supuesto “subsociado” del exclusivo interés individual compartan un enfoque común, a saber, que ambos consideran un conjunto de actores individuales atomizados que están en busca de ganancias (o valores), en un vacío social. Granovetter, por el contrario, pretende hacer encajar todas las transacciones económicas dentro del ámbito de la estructura social, con sus consecuentes limitaciones e inesperadas oportunidades:

En las relaciones de negocios, el grado de confianza es variable, pero la fuerza de las relaciones personales logra que, con frecuencia, los dilemas del prisionero puedan obviarse, fuerza que no es inherente a los negociadores, sino a sus relaciones concretas. El análisis económico estándar niega la identidad y las relaciones previas de los negociadores individuales, pero dado que los individuos racionales desconocen esto, ellos confían en su entendimiento de dichas relaciones.²³

Así como el artículo de Becker se convirtió en el manifiesto de la cruzada neoclásica, el “empotramiento” de Granovetter ofreció el plan de guerra de una contraofensiva sociológica que afirmaba que todos los temas económicos podían ser objeto de una investigación sociológica. Y al igual que Becker, quien luego de hacer su planteamiento progra-

²² Mark Granovetter, “Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness”, *American Journal of Sociology*, núm. 91, 1985, pp. 481-482.

²³ *Ibid.*, p. 491.

mático prosiguió con aplicaciones específicas a diversos aspectos sociales, Granovetter ha realizado diversos estudios sobre asuntos económicos tales como los mercados laborales, la actividad empresarial y el origen y desarrollo de las corporaciones, a partir de su planteamiento.²⁴

Pero quizás una aplicación más importante del enfoque del “empotramiento”, dado que toca un tema mucho más próximo al corazón de la economía moderna, es el análisis de Harrison White sobre la conducta del mercado. White propone un modelo en el que los actores no son maximizadores individuales, sino jugadores en redes competitivas en las que cada uno vigila mutuamente el comportamiento del otro. La imitación de líneas de producción exitosas constituye una parte importante del proceso pero, además de esto, los participantes ambicionan encontrar nichos individuales que les brinden una ventaja monopólica, al menos durante algún tiempo. Así, por ejemplo, una línea de vestir con un sello diferente y distinguido se vende a precios muy elevados, precisamente porque no compite directamente con los otros tipos de ropa que existen en el mercado.²⁵

Formalizada como modelo matemático, esta idea de los mercados como redes puede explicar tanto el motivo por el cual la punta de lanza de la producción moderna está en los bienes de lujo para las clases altas, así como por qué los mercados conducen a una persistente desigualdad económica. En el mercado idealizado de la teoría neoclásica del equilibrio, éste tendría que reducir las desigualdades como resultado de la fuerza de la competencia que redujera al mínimo las ganancias. Por el contrario, la teoría de White sostiene que la desigualdad constituye un rasgo intrínseco de los mercados, en virtud de que ciertos actores son más hábiles que otros para sortear la competencia general, por medio de innovaciones tecnológicas y otras formas de protección de sus nichos privilegiados.²⁶

²⁴ Mark Granovetter, “The Economic Sociology of Firms and Entrepreneurs”, en A. Portes (comp.), *The Economic Sociology of Immigration. Essays in Networks, Ethnicity, and Entrepreneurship*, Nueva York, Russel Sage, 1994 (en prensa); Patrick McGuire, Mark Granovetter y Michael Schwarz, “Thomas Edison and the Social Construction of the Early Electricity Industry in America”, en Swedberg, *op. cit.*, pp. 213-246.

²⁵ Harrison White, “Markets in Production Networks”, en Swedberg, *op. cit.*, pp. 161-175; del mismo autor, “Where Do Markets Come From?”, *American Journal of Sociology*, núm. 87, noviembre de 1981, pp. 517-547.

²⁶ *Ibid.* Véase, también, Harrison White, “Varieties of Markets”, en B. Wellman y S. Berkowitz (comps.), *Social Structures: A Network Approach*, Nueva York, Cambridge University Press, 1988, pp. 226-260; Randall Collins, *Four Sociological Traditions*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 165-166.

Esta modalidad de contratransgresión tiene funciones similares a las de la cruzada, a saber, infiltrar nuevas ideas en el campo que está en la mira y motivar una reacción por parte de la disciplina, ya sea en favor o en contra. Hasta donde yo sé, el poder de la teoría general del equilibrio ha hecho inexpugnable a la economía frente a estos contraataques, pero de vez en cuando aparece un economista dispuesto a tomar con seriedad dichos conceptos. Sin embargo, en términos generales, en el diálogo entre las ciencias sociales rara vez se escuchan elogios mutuos y se da una división fraternal del trabajo, sino, por el contrario, lo común es hallar “historias” antagónicas sobre las mismas parcelas de la realidad. Y más que elaborar opciones para una convivencia pacífica, estos episodios hacen que los académicos pongan a funcionar todas sus capacidades creativas, sea para defender o para oponerse a las nuevas ideas. Las cruzadas y la contraofensiva organizada son, tal vez, los tipos más importantes de enfrentamientos entre adversarios, pero también existen otros, como veremos a continuación.

3. *Los guerreros solitarios*

Una tercera modalidad de intrusión entre disciplinas, de carácter transdisciplinario, es en cierto sentido, el reverso de las otras dos, ya que en ésta no tienen lugar acciones ofensivas o defensivas por parte de una determinada escuela, sino una postura deliberadamente antagónica al sistema, que niega la precisión de todos los enfoques aceptados. Esta clase de transgresión la llevan a cabo individuos solitarios que están dispuestos a quedar marginados de la corriente principal de sus disciplinas, así como a ser acusados de diletantismo académico. Sus actos con frecuencia apuntan contra los poderes entronizados en la ciencia respectiva, no como emisarios de un punto de vista opuesto al sistema, sino como críticos de toda ortodoxia. Su propósito puede ser la renovación radical de los modelos existentes, o bien, más modestamente, llamar la atención sobre sus limitaciones. Dado que no trabajan dentro de los límites de una disciplina en particular, sino que viajan libremente a través de sus fronteras, tienen presencia simultánea en diversas disciplinas, pero no son miembros en pleno de ninguna de ellas.

Para que a estos escépticos profesionales les sea posible llevar a cabo su labor debe existir *alguna* ortodoxia que puedan entonces impugnar. Por este motivo, es menos probable que aparezcan guerreros solitarios en las áreas que carecen de un núcleo sólido, que en aquellas en las que un paradigma determinado tiene predominio. En la época en que la sociología estaba bajo el férreo puño del funcionalismo estructural, C. Wright Mills fue quien desempeñó este papel de manera más

sobresaliente. En *The Sociological Imagination*, Mills manifestó su desprecio por la reinante síntesis parsoniana, descalificándola como un conjunto de tautologías vacías. Sin embargo no ofreció una alternativa, sino que se limitó a proponer una fórmula anárquica pero atractiva, que reflejaba su propia opinión respecto de la disciplina:

Permitan que cada hombre sea su propio metodólogo, que cada hombre sea su propio teórico y que la teoría y el método vuelvan a formar parte de la práctica de un gremio. Apoyen la primacía del académico individual [...] Sean una mente que se vale por sí misma al enfrentarse a los problemas del hombre y la sociedad.²⁷

En ciertos momentos, Mills practicó la sociología, como en *The Puerto Rican Journey*,²⁸ pero sus trabajos también atravesaron por los campos de la ciencia política, la historia e incluso la psicología social. El precio que pagó por tal prodigalidad y por sus opiniones iconoclastas fue la contundente hostilidad de la corriente sociológica y varias confrontaciones que, cuando menos en opinión de algunos de sus cronistas, cortaron de tajo su carrera académica.

Siendo la ciencia social con el núcleo teórico más sólido, no es de extrañar que la economía haya producido el mayor porcentaje de transgresores solitarios. La hegemonía ejercida por el modelo neoclásico orilló a varios economistas a impugnar sus planteamientos o a proponer modelos alternativos. No me refiero aquí a las actividades de colectividades tales como el marxismo o la economía institucionalista, las cuales entran más adecuadamente en otra categoría aún no mencionada, sino a aquellas voces solitarias que en ocasiones llegan a resonar poderosamente a todo lo ancho de un campo y que desafían la pedante seguridad con la que a veces se afirma la identidad entre ciertas construcciones teóricas y la realidad. Al igual que Mills en la sociología, algunos economistas han demandado la renovación total de la ciencia, mientras que otros han adoptado un tono más moderado. La carrera de Albert O. Hirschman correspondería a este último tipo.

Hirschman es conocido principalmente por su trabajo relativo a la economía del desarrollo, aun cuando tal vez sea leído con más frecuencia por los no economistas, incluidos los formuladores de políticas, que

²⁷ C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1959, p. 224.

²⁸ Mills, *The Puerto Rican Journey: New York's Newest Migrants*, Nueva York, Russell & Russell, 1967.

por los especialistas de su campo. Su aproximación al desarrollo nacional no es deductiva y basada en variables económicas estándar (tasas de ahorro, relaciones capital-producto, productividad, etc.), sino inductiva y fundamentada en sus propias experiencias como un observador participante. A partir de éstas, Hirschman elaboró varias construcciones teóricas, tales como las vinculaciones “hacia atrás” y “hacia adelante”, los “recursos para marcar el ritmo”, el papel creativo de los “cuellos de botella” en el crecimiento desigual y otras más que tuvieron una enorme influencia en los círculos de las políticas gubernamentales.²⁹

Su enfoque queda claramente expresado en el siguiente comentario sobre sus años como asesor del gobierno de Colombia, de donde extrajo gran parte del material para su libro *The Strategy of Economic Development*:

[...] mi instinto me decía que debía tratar de comprender sus patrones de acción, más que inferir desde afuera que éstos podían ser “desarrollados” importando diversas técnicas que ellos desconocían por completo.³⁰

Su análisis sobre las experiencias individuales de desarrollo se basa, por tanto, en la evolución pasada del área y de las singularidades de su situación actual. En el caso de Colombia, se dio a la tarea de buscar “elementos y procesos de la realidad colombiana que efectivamente funcionaran, aunque tal vez de una intrincada y oscura manera”.³¹ Esta metodología se acerca más al enfoque del historiador o del sociólogo cualitativo que a la práctica económica habitual. Sin embargo, lo que hace de la carrera de Hirschman un ejemplo de esta modalidad de transgresión es su negativa a emplear estas experiencias para elaborar un sistema teórico alternativo o incluso a refutar la validez del ya establecido.

En lugar de ello, Hirschman utiliza los conceptos y teorías existentes como punto de referencia para los desarrollos reales en la realidad histórica y contemporánea. Las contradicciones y reveses que sufrieron

²⁹ Albert O. Hirschman, *The Strategy of Economic Development*, New Haven, Yale University Press, 1958; del mismo autor, *Journey toward Progress*, Nueva York, Twentieth Century Fund, 1963.

³⁰ Hirschman, *Pioneers in Development*, informe del Banco Mundial citado en Charles K. Wilber y Steven Francis, “The Methodological Basis of Hirschman’s Development Economics: Pattern Model vs. General Laws”, en A. Foxley, M. S. McPherson y G. O’Donnell (comps.), *Development, Democracy and the Art of Trespassing*, Notre Dame, Indianapolis, University of Notre Dame Press, 1986, pp. 317-342.

³¹ *Ibid.*

las teorías neoclásicas al confrontarse con tal material sirvieron a un doble propósito: en primer lugar, ampliar los conocimientos al develar procesos hasta entonces ignorados o malinterpretados y, segundo, demostrar la naturaleza heurística y las limitaciones de las “leyes” científicas existentes. Sin duda alguna, el hecho de que alguien llegue a horadar los sólidos muros predictivos levantados por los constructores de sistemas debe resultar molesto y esto fue probablemente lo que ocurrió cuando Hirschman advirtió con suave ironía que el famoso libro de Mancur Olson, que demostraba la “irracionalidad” y, por ende, improbabilidad de una acción política masiva, apareció en vísperas de la era de protestas contra la guerra de Vietnam.³²

No obstante, aquellos dardos eran temperados por el profundo respeto que Hirschman sentía por el papel de los constructores de sistemas, así como por su aceptación de la necesidad de que existieran estructuras mentales disciplinadas que organizaran la indagación científica. El objetivo de Hirschman no era derrumbar el edificio, sino solamente hacer notar su provisionalidad y el peligro de que sus habitantes llegaran a sentirse demasiado seguros dentro de aquellas paredes. Si bien su proyecto no le ganó el ataque concertado por parte de la corriente principal de la economía, si lo empujó hasta los márgenes de la disciplina. “En realidad es un historiador”, suele escucharse en los círculos económicos. Pero aun cuando muchos historiadores (y, de hecho, otros científicos sociales) lo recibirían con gusto en su medio, Hirschman realmente tampoco pertenece a esas fraternidades. Este tipo de marginalización es el precio que pagan los transgresores solitarios, pero las funciones que desempeña tal actividad, especialmente en disciplinas con un fuerte núcleo dominante, son innegables. McPherson, un discípulo de Hirschman, las define de manera sucinta:

Kuhn hizo ver que el hecho de llevar anteojeras puede resultar altamente funcional para los científicos que buscan ampliar su comprensión disciplinaria de la sociedad, pero esas mismas anteojeras pueden volverse un impedimento para quienes desean conducirse de manera inteligente en la sociedad y un desastre para el resto de nosotros, si quienes las llevan puestas son formuladores de políticas que cuentan con facultades ejecutivas y los

³² Mancur Olson, *The Logic of Collective Action: Public Goods and Theory of Groups*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971. La crítica de Hirschman apareció en su libro *Shifting Involments: Private Interest and Public Action* (Princeton, N. J., Princeton University Press, 1982) y Michael S. McPherson la destaca en su artículo “The Social Scientist as a Constructive Skeptic: On Hirschman’s Role”, en Foxley, McPherson y O’Donnell, *op. cit.*, pp. 305-315.

dios de coerción. Asimismo, por supuesto, la atrofia resulta aún mayor si olvidamos que las llevamos puestas.³³

4. *La quinta columna*

Hasta aquí he mencionado los tipos de transgresión que no desafían la *raison d'être* de una disciplina o los méritos, cuando menos parciales, del núcleo teórico existente. Incluso el más temerario de los cruzados evitaría negar cierto grado de validez a los conceptos aceptados en el territorio que tiene en la mira. De igual forma, si bien los guerreros solitarios son enjuiciadores despiadados de la ortodoxia, no ofrecen un sistema teórico listo para usarse o una metodología alternativa bien desarrollada con la que puedan sustituir aquello que critican.

La transgresión más radical, en el sentido de que representa la mayor amenaza contra las élites establecidas de una disciplina, suele venir del interior mismo. Denominaré a esta modalidad la “quinta columna” en virtud de que, aun cuando sus adeptos son miembros registrados de una comunidad científica, su fuente de inspiración proviene del exterior. En este sentido, tal modalidad constituye la contraparte lógica (y el producto deseado) de una cruzada triunfante, salvo que, mientras que esta segunda reclama, cuando menos al principio, únicamente una parte del territorio de la disciplina conquistada, una quinta columna plenamente desarrollada llevará las cosas mucho más lejos. Durante la mayor parte del periodo posterior a la segunda guerra mundial, los defensores de la ortodoxia consideraron a los marxistas como el arquetipo de la quinta columna en la economía, la ciencia política y la sociología. Los marxistas poseen un sistema cabalmente formado, que cuenta con principios axiomáticos, una filosofía de la historia, un complejo interrelacionado de teorías y un estilo de investigación bien desarrollado. Más aún, los académicos marxistas de diversas disciplinas sostienen la superioridad de dicho sistema y pretenden explícitamente sustituirlo por el paradigma reinante. El marxismo alcanzó su apogeo de la posguerra en el escenario académico estadounidense durante la década de los sesenta y principios de los setenta, en los albores de la era de protestas por la guerra de Vietnam. Como lo proclamaban las obras de los economistas, politólogos y sociólogos radicales, las élites de las disciplinas respectivas intentaban contener la ola mediante el ataque directo o, más frecuentemente, ignorando las violentas críticas.³⁴

³³ McPherson, “On Hirschman’s Role”, *op. cit.*, p. 312.

³⁴ Entre algunos ejemplos de esta era se encuentra la colección editada por el

Pero el marxismo nunca llegó lejos en la economía, dado que sus seguidores fueron expulsados de los departamentos académicos o confinados a unas cuantas unidades aisladas. Su trabajo rara vez tuvo acceso a las revistas económicas regulares y más bien era leído por otros científicos sociales.³⁵ Por el contrario, el marxismo tuvo mucha mayor penetración en la ciencia política y, especialmente, en la sociología, ambas disciplinas pluralistas con un núcleo teórico menos sólido. Sin embargo, a finales de los setenta y ochenta esta escuela, y en particular sus adeptos más ortodoxos, fueron empujados hasta las orillas de ambas disciplinas. El derrumbe del desafío marxista tuvo poco que ver con la inexactitud empírica de sus proposiciones. De hecho, se puede afirmar que cuando menos algunas de las predicciones emanadas de la teoría marxista han tenido un considerable registro de aciertos.³⁶

Lo que sucedió, más bien, fue que el estilo confrontativo del análisis marxista se topó con la decidida oposición de las instituciones gubernamentales y civiles que se negaban a apoyar este tipo de investigación o a aceptar sus resultados, y tal antagonismo aisló a los marxistas dentro de ciertas áreas académicas y fue gradualmente encerrando en un *guetto* al ala más radical. Los neomarxistas dispuestos a dialogar con los seguidores de otras perspectivas encontraron una audiencia receptiva entre las disciplinas más pluralistas pero, como consecuencia de esto, su ímpetu inicial se apagó. Dado lo conflictivo de su postura, los académicos marxistas siempre han funcionado muy bien como críticos del

sociólogo Maurice Zeitlin, *American Society Inc.* (Chicago, Markham, 1970), así como la obra del economista Richard Edwards, *Contested Terrain, the Transformation of the Workplace in the Twentieth Century* (Nueva York, Basic Books, 1979) y el libro del geógrafo David Harvey, *Social Justice and the City* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973).

³⁵ Éste es el caso, por ejemplo, del economista marxista James O'Connor, cuyo *Fiscal Crisis of the State* (Nueva York, St. Martin's Press, 1973) apenas si provocó un murmullo en su medio, si bien fue sumamente leído por los politólogos y sociólogos políticos. De igual forma, el estudio sobre la segmentación del mercado laboral, de los economistas David Gordon, Michael Piore y Michael Reich se volvió un punto de referencia para los estudios sociológicos en esta materia, pero fue ignorado casi por completo en su propio campo disciplinario. Véase David Gordon, *Theories of Poverty and Unemployment*, Lexington, Mass., D.C. Heath, 1972; y Richard C. Edwards, Michael Reich y David M. Gordon, *Labor Market Segmentation*, Lexington, Mass., D.C. Heath, 1975.

³⁶ El economista marxista Ernest Mandel, en su libro *Late Capitalism* (Londres, Verso Books, 1978), así como el sociólogo marxista Erik O. Wright, en *Classes* (Londres, Verso Books, 1985), coinciden en recordar a sus lectores el poder predictivo y explicativo de las "leyes del movimiento" de Marx respecto del capital, así como de su análisis sobre la formación de las clases y la conciencia de clase.

statu quo, pero no les ha sido nada fácil integrarse como miembros regulares. Cuando esto ocurre, el marxismo pierde su carácter de implacable desafío para convertirse en sólo un actor más del pensamiento “clásico” del momento, que investiga en una determinada disciplina. Tal es el caso de un marxista declarado como el sociólogo Erik O. Wright, quien informara a sus lectores del *American Journal of Sociology* que los resultados de su última encuesta contradecían por completo sus propias expectativas teóricas.³⁷

Otros quinta columnistas han tenido más éxito. Entre los ejemplos de este siglo no me viene a la mente algo más irresistible que lo que Franz Boas y sus seguidores hicieron a la antropología de su tiempo. Cuando Boas, antiguo asistente de P. W. A. Bastian, fundador de la antropología alemana, dejó Europa para ir a Estados Unidos, se encontró un ámbito académico impregnado de evolucionismo spenceriano. Durante el siglo XIX, la antropología se había desarrollado como una difícil combinación de revistas escritas por exploradores, descubrimientos arqueológicos y especulaciones de café. Hacer la glosa del mundo —por viajes y revistas—, que caracterizó los inicios de la disciplina, era un deporte amateur de caballeros, pero bajo la égida de las ideas spencerianas, muchos antropólogos estadounidenses de principios de siglo sintieron que habían alcanzado una sólida síntesis teórica.³⁸

A Boas le parecieron deplorables tales declaraciones. Él y su cohorte de discípulos, cada vez más influyente, nunca proclamaron que formaban una “escuela”, pues ello los habría puesto en el mismo nivel que aquellas que ya existían. Por el contrario, rechazaron toda generalización y advirtieron que la única forma en que se podría dar a la antropología una base científica era renunciando a tales generalizaciones y concentrándose en campos de estudio delimitados de comunidades y culturas humanas. Esta sencilla idea fue mucho más revolucionaria que cualquier otra síntesis teórica. El objetivo tácito de esta quinta columna, mismo que de hecho logró, era expulsar de la disciplina a sus miembros más renombrados, por ser simples aficionados y teóricos de café.

El propio Boas se rehusaba obstinadamente a presentar una teoría que sustituyera a aquellas que él y sus estudiantes habían hecho caer. En

³⁷ Erik O. Wright y Bill Martin, “The Transformation of the American Class Structure, 1960-1980”, *American Journal of Sociology*, núm. 93, julio de 1987, pp. 1-29.

³⁸ Stanley R. Barrett, *The Rebirth of Anthropological Theory*, Toronto, University of Toronto Press, 1984; Collins, *op. cit.*, pp. 34-37 y 196-198; Emory S. Bogardus, *The Development of Social Thought*, Nueva York, Longmans, Green and Co., 1940, caps. 20 y 23.

palabras de Harris: “era como si la orgía de la especulación evolutiva y difusionista lo hubiera asqueado al punto de que nunca más pudo sentirse bien en presencia de una generalización”.³⁹ Para comprender que un científico maduro actuara de tan insólita manera, debemos saber algo sobre el contexto social en el que se encontraba y sobre el carácter de la ortodoxia de su disciplina. William McGee, el primer presidente de la American Anthropological Association, lanzó sin dudar la siguiente explicación sobre “el predominio de la llana, tangible y clara lengua y escritura de los anglosajones”:

Probablemente la sangre anglosajona sea más fuerte que la de otras razas, pero debemos recordar que el idioma anglosajón es el más simple, así como el más perfecto y sencillamente simbólico que el mundo haya visto, lo que permite a los anglosajones ahorrar su energía para la conquista, en vez de desperdiciarla en el *Juggernaut* de un pesado mecanismo para la transmisión del pensamiento.⁴⁰

Harris, quien cita este ejemplo, refiere que durante este periodo cualquier aficionado del evolucionismo spenceriano “se sentía apto para lanzar un discurso magistral sobre la historia de la humanidad, con una irrevocabilidad que ni siquiera Turgot y Condoret habrían podido superar”.⁴¹ Estos pronunciamientos solían inevitablemente terminar con una celebración patriótica del estilo estadounidense de democracia, como el escalón más alto de la humanidad. Haber intentado presentar un nuevo enfoque teórico en semejante ambiente, sin importar cuán bien fundamentado estuviera, habría significado iniciar un debate y, por tanto, legitimar implícitamente la grandilocuente postura de los spencerianos.

El triunfo de Boas rescató a la antropología estadounidense del racismo especulativo en el cual muchos de sus hermanos europeos permanecieron durante varias décadas posteriores. Pero la estrategia disciplinada que llevó a dicha victoria tuvo un costo. Desde la perspectiva de nuestro tiempo, el enfoque de Boas (más tarde llamado “particularismo histórico”) aparece como la forma más extrema del empirismo. Como lo expresa Collins, “los temas de esta área se convirtieron en estudios cada vez más minuciosos de la interacción de muchas influen-

³⁹ Marvin Harris, *The Rise of Anthropological Theory. A History of Theories of Culture*, Nueva York, Thomas Y. Cronwell, 1968, p. 260.

⁴⁰ William McGee, “Some Principles of Nomenclature”, *American Anthropologist*, núm. 8, 1895, p. 281, citado en *ibid.*, p. 255.

⁴¹ *Ibid.*

cias diversas [...] La disciplina estaba en peligro de caer en un hiperempirismo que no dejara ningún mojón intelectual de importancia [...]”⁴² Y a la fecha la antropología sigue siendo la ciencia social más ligada al estudio de campo, pudiéndose también afirmar que es la única en la que una síntesis teórica diferente ha logrado el menor progreso. Esto, cuando menos en parte, es la herencia del exitoso derrumbe de su primer edificio teórico.

5. *Investigación condottieri*

Por lo general, uno no suele considerar que el estudio de los problemas sociales auspiciados por instituciones privadas o por organismos gubernamentales constituyan una forma de transgresión. Por el contrario, es más frecuente pensar que tales estudios son una aplicación de las teorías y métodos de la corriente científica y, por tanto, se les designa como investigación “aplicada”, “sobre políticas de gobierno” u “orientada a la resolución de problemas”. Sin embargo, la imagen de una corriente unilateral de conceptos y técnicas que emanan de la ciencia “pura” y fluyen hacia la clarificación y solución de los problemas sociales es sólo una parte de la historia. La otra parte son los efectos que dicha investigación puede tener sobre las disciplinas básicas, al redefinir sus prioridades y las categorías conceptuales con las que se aproximan a la realidad.

Podemos identificar cuando menos dos factores por los cuales la investigación *condottieri*, es decir, pagada con financiamientos externos, constituye una transgresión. En primer lugar, por la forma en que toma prestadas ideas y métodos de las disciplinas similares, lo cual con frecuencia obedece menos a las normas regulares de la práctica científica que a las de la conveniencia práctica. En segundo lugar, por la forma en que produce, a su vez, innovaciones al introducir nuevos conceptos en áreas determinadas de la indagación y al redefinir tópicos de investigación.

Con el afán de ser breve me limitaré a analizar la segunda modalidad, pero no sin hacer notar que muchos casos de los “préstamos” de disciplinas emparentadas que hace la investigación aplicada, sea con imaginación o con torpeza, podrían citarse para ilustrar la primera forma. Los problemas prácticos han tenido una influencia trascendental en el desarrollo de las ciencias sociales, por tres motivos principales: primero, por el interés que dichos problemas despiertan en sectores impor-

⁴² Collins, *op. cit.*, p. 37.

tantes de la sociedad y la presión consecuente para que se haga algo al respecto; segundo, por los recursos que los donadores públicos y privados pueden aplicar para buscar la solución a dichos problemas y que exceden con mucho aquellos con los que cuentan los investigadores científicos, y tercero, por el hecho de que los asuntos prácticos representan una “evaluación” ineluctable de las teorías de las ciencias sociales del momento.

Este tercer motivo es el que, en el curso de los años, ha contribuido más directamente a las aportaciones de la investigación aplicada a la teoría y metodología de las corrientes disciplinarias. Por citar sólo un ejemplo destacado, la relevancia del concepto de “productividad laboral” y la invención de indicadores para medirla tuvieron su origen en el trabajo de un grupo de economistas y estadísticos que contrató la Work Progress Administration (WPA), durante la época de la depresión. El concepto y la necesidad de diseñar indicadores apropiados salieron a la luz en el momento en que había un acalorado debate en torno al grado de influencia que el rezago de los salarios, respecto a la productividad industrial, había tenido en el colapso económico de 1929 y si esto podría generar catástrofes similares en el futuro. Esta tesis sobre el “subconsumismo” no era nueva, pero recibió nueva vida y respetabilidad en los círculos gubernamentales, como parte central de la economía keynesiana.⁴³

La WPA estaba muy en favor de la teoría del subconsumismo, en parte porque justificaba su propia razón de ser. Sin embargo, no existían datos para demostrar que durante la década de los veinte los salarios efectivamente se habían mantenido muy por debajo de la productividad. Si bien la Oficina de Estadísticas del Trabajo había empezado a realizar mediciones de la productividad laboral en ciertas industrias, no hizo esfuerzo específico alguno por condensar dichas cifras en una especie de índice nacional. A principios de los años treinta, la WPA lanzó el Proyecto Nacional de Investigación sobre Oportunidades de Recontratación y Cambios Recientes en las Técnicas Industriales, cuyo propósito era, precisamente, salvar la brecha mediante el diseño de indicadores adecuados sobre la evolución de la productividad laboral promedio. El trabajo realizado por los investigadores que colaboraron

⁴³ De hecho, para la teórica marxista Rosa Luxemburg, la “crisis del subconsumismo” constituyó una parte central de su análisis de las décadas del capitalismo moderno, antes de que apareciera la síntesis keynesiana. Éste podría citarse como un ejemplo más de una hipótesis marxista con un buen registro de aciertos. Véase Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1951.

en este proyecto sentó las bases para el posterior surgimiento de estadísticas nacionales y sectoriales sobre productividad laboral, que el Departamento del Trabajo empezó a publicar de manera periódica a mediados de los años cuarenta.⁴⁴

Desde entonces, la investigación académica en las ciencias sociales utiliza continuamente este indicador, el cual además ha servido como base para los contratos colectivos y para las políticas antiinflacionarias del gobierno. Block y Burns, quienes han seguido la historia de la productividad laboral desde su nacimiento en la WPA, señalan la ironía de que una medición que fue creada en los años treinta para ayudar a los sindicatos y para apoyar la argumentación en favor de un consumo promedio más elevado, terminó proporcionando las bases empíricas sobre las que se fundamentó el argumento conservador en contra de ambos objetivos, en los años setenta.⁴⁵

Más o menos al mismo tiempo que el Departamento del Trabajo buscaba información para documentar la brecha existente entre los salarios y la productividad, una investigación paralela, pero muy diferente, transformó la forma en la cual los sociólogos veían a las organizaciones complejas. Hasta ese momento, en la teoría sociológica predominaba el tipo ideal de “burocracia” weberiana, como una asociación imperativamente coordinada, con líneas de autoridad claramente demarcadas, un personal asalariado sujeto a reglas codificadas y una separación explícita entre el trabajo y la vida personal de los funcionarios.⁴⁶ En la década de los treinta, la investigación en sociología industrial fue patrocinada casi enteramente por gerentes, cuyos intereses corrían en paralelo a los de los investigadores de la WPA, pero en dirección contraria, es decir, cómo hacer caer las barreras invisibles que mantenían baja la productividad de los obreros a destajo y del personal administrativo.

Incluso algunos investigadores de tendencias izquierdistas fueron contratados por compañías para que investigaran qué era lo que realmente sucedía en las oficinas y en las plantas. No todos los estudios

⁴⁴ Fred Block y Gene A. Burns, “Productivity as a Social Problem: The Uses and Misuses of Social Indicators”, *American Sociological Review*, núm. 52, diciembre de 1986, pp. 767-780.

⁴⁵ A mediados de la década de los setenta, las cifras de la Oficina de Estadísticas del Trabajo revelaron una considerable caída en la productividad laboral, “hecho” que ofreció la justificación para que se implementaran programas antiinflacionarios basados esencialmente en la contención de los costos laborales. *Ibid.*, p. 774.

⁴⁶ Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization* (trad. de A.M. Henderson y T. Parsons), Nueva York, The Free Press, 1947, primera parte, pp. 324-340 (originalmente publicado bajo el título *Wirtschaft und Gesellschaft*).

sobre sociología industrial de los años treinta fueron realizados bajo contrato, pero todos coincidieron en revelar dos hechos significativos: primero, que en las empresas industriales con frecuencia había una débil correlación entre las estructuras de autoridad formal y real; segundo, que las estructuras normativas que los obreros y el personal administrativo desarrollaban para regular su comportamiento laboral eran mucho más efectivas que las pautas marcadas por la compañía.⁴⁷

Encabezada por el famoso estudio de Roethlisberger y Dickson sobre la Western Electric Hawthorne Works, esta escuela de investigación aplicada sacó a la luz muchas brillantes observaciones sobre el verdadero funcionamiento cotidiano de las corporaciones industriales. Así, contradiciendo las teorías sociológicas del momento, las organizaciones modernas no funcionaban como jerarquías transparentes y bien engranadas, sino que estaban infestadas de alianzas, enemistades, favores y aspiraciones personales: reglas no escritas. La interacción de la gente durante periodos prolongados generaba estructuras informales que ponían trabas constantes a la operación de las jerarquías de autoridad formalmente creadas.

Veamos, por ejemplo, el análisis de Dalton sobre las formas en que los jefes de departamento de una gran corporación industrial se informaban unos a otros sobre las visitas “sorpresa” que hacían los auditores centrales, y cómo se ayudaban mutuamente para ocultar lo que no querían que éstos vieran:

Cuando iba a llevarse a cabo un conteo de partes, se desataba una febril actividad entre los ejecutivos para esconder ciertas refacciones y equipo [...] A medida que esta práctica evolucionó, la colaboración entre los jefes para utilizar las mutuas áreas de almacenamiento y los patios disponibles se volvió una actividad bien organizada y de ágil funcionamiento. Este tipo de acción concertada que rara vez, por no decir nunca, se aplicaba para la ejecución de las directrices oficiales, permitía el paso relativamente sencillo de obreros y transportistas de un área de trabajo a la otra [...]⁴⁸

⁴⁷ Fritz J. Roethlisberger y William J. Dickson, *Management and the Worker*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1939; William Finlay, “One Occupation, Two Labor Markets: The Case of Longshore Crane Operators”, *American Sociological Review*, núm. 48, 1983, pp. 306-315; Calvin Morrill, “Conflict Management, Honor and Organizational Change”, *American Journal of Sociology*, núm. 97, 1991, pp. 585-621.

⁴⁸ Melville Dalton, “Men Who Manage”, en Swedberg y Granovetter, *op. cit.*, p. 334 (originalmente publicado con el título *Man Who Manage: Fusions of Feelings and Theory in Administration*, Nueva York, Wiley, 1959).

A medida que aumentaron las evidencias derivadas de estos estudios aplicados, la teoría sociológica de las organizaciones experimentó una profunda transformación. A diferencia de otras ciencias sociales que siguen creyendo a pie juntillas en las jerarquías corporativas de autoridad, los sociólogos se han orientado y enseñado a ver como problemáticas dichas estructuras formales. Y esta herencia de transgresión que inculcó la investigación aplicada en el corazón de una disciplina continúa existiendo hasta nuestros días.

El reverso de este potencial de innovación que presenta la modalidad *condottieri* es su subordinación a los gustos de sus patrones y, por tanto, su tendencia a aceptar como ciertas las definiciones de la situación que son impuestas desde arriba. Más o menos al mismo tiempo que los boasianos luchaban contra el legado de la teoría spenceriana, el mismo conjunto de conceptos habían tomado preeminencia en la postura del gobierno y del público frente a los inmigrantes de reciente arribo a Estados Unidos. Se afirmaba que la inferioridad evolutiva de las “razas” europeas del sur y el este era el factor clave que explicaba sus altas tasas de enfermedad mental, inteligencia inferior e, incluso, incapacidad para hablar el inglés. Los asesores que diversas agencias gubernamentales contrataron para dar solución a los problemas sociales relacionados con las olas de inmigrantes del sur europeo, a principios de siglo, estaban de acuerdo con “hallazgos” que invariablemente reflejaban los prejuicios de sus patrones.

Así, el doctor Harry Laughlin, nombrado como el “experto en eugenesia” en el Comité de Inmigración y Naturalización de la Casa de Representantes, concluyó en 1922 su testimonio afirmando que: “En Estados Unidos, los individuos de origen extranjero que han ingresado en los hospitales estatales y federales muestran una incidencia de demencia 2.85 veces superior a la que presenta la población en su conjunto, la cual desciende mayoritariamente de un linaje estadounidense más antiguo”.⁴⁹ Laughlin no prestó la menor atención a variables tales como la clase social, las diferencias de edad o la distribución espacial de la población inmigrante, descartando éstas como “alegatos especiales en favor de los extranjeros”. Cuando estalló la segunda guerra mundial, H. H. Goddard, quien tradujera al inglés la prueba de la “edad mental” de Alfred Binet, fue contratado por el ejército de Estados Unidos para que examinara a alrededor de dos millones de reclutas, muchos de los

⁴⁹ Harry Laughlin, según cita de Benjamin Malzberg y Everett S. Lee, *Migration and Mental Disease: A Study of First Admissions to Hospital for Mental Disease, New York, 1939-1941*, Nueva York, Social Science Research Council, 1956, pp. 7-9.

cuales eran de origen extranjero y analfabetos. El análisis más reputado de estos datos fue *A Study of American Intelligence*, que publicó Carl Brigham en 1923, en el cual se concluía que: “[...] los representantes de las razas alpina y mediterránea entre nuestra inmigración son intelectualmente inferiores a los de la raza nórdica”. Y lejos de que se tomara en cuenta el nivel de dominio del inglés, idioma en que se hizo el examen, Brigham afirmó categóricamente que “[había quedado] demostrado que la causa subyacente de las diferencias que presentan individuos de orígenes distintos es la raza y no el idioma”.⁵⁰

El *Zeitgeist* que reflejan estos estudios aplicados y que, recíprocamente, refuerzan, se encuentra más claramente expresado en este párrafo de un libro intitulado *Intelligence and Immigration*, publicado por Clifford Kirkpatrick en 1926:

Un material genético de alta calidad suele producir mejores resultados que un gasto elevado per cápita en educación. La herencia establece límites infranqueables, lo que hace que, en presencia de inmigrantes con bajas capacidades innatas, no habrá una cantidad de americanización suficiente que logre hacer de ellos ciudadanos estadounidenses inteligentes y capaces de adquirir y comprender una cultura compleja.⁵¹

Por otra parte, además de que la investigación *condottieri* no tiene reparo en aceptar las hipótesis de sus patrones sobre las causas de un fenómeno determinado, también admite las categorías en las que se define el problema. En 1890, el censo estadounidense utilizó cuatro categorías para clasificar a la población de origen africano: negros, mulatos, cuarterones y octorones. La categoría de “mulato” se mantuvo hasta el censo de 1920, lo que reflejaba la difundida preocupación respecto al grado de mestizaje entre la población estadounidense. Gran parte de la teorización instantánea en el campo aplicado se refería a los rasgos de la población mulata y a las características que la distinguían tanto de los negros como de los blancos. Pero en 1930 el censo cambió de orientación, hacia una clasificación dicotómica de blancos y negros, lo cual revelaba ahora la creciente aceptación social de la regla de “una gota”. Los mulatos desaparecieron entonces del horizonte y, a partir de ese momento, los estudios comisionados por los organismos gubernamen-

⁵⁰ Carl C. Brigham, *A Study of American Intelligence*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1923, pp. 194-197.

⁵¹ Clifford Kirkpatrick, *Intelligence and Immigration*, Baltimore, Williams and Wilkins, 1926, p. 2.

tales y las fundaciones privadas que abordaran este segmento de la población de origen africano fueron muy escasos o nulos. En consecuencia, la investigación aplicada sobre los mulatos se extinguió.⁵²

En 1930, el censo definía al “mexicano” como una raza, pero en los censos posteriores los mexicanos fueron reclasificados como parte de la población blanca. La categoría de “hispano” no apareció hasta 1970 en la mayoría de las publicaciones oficiales, pero en el censo de ese año y en los subsecuentes el término resultó muy conveniente para englobar a los mexicanos y a otros grupos hispanohablantes. Obedientemente, las investigaciones sobre aspectos tales como la pobreza, la enfermedad mental, el abuso de las drogas y el alcohol, el embarazo de adolescentes y el crimen, empezaron a añadir la columna “hispanos” a la anterior comparación dicotómica entre blancos y negros. Entonces se incluyó regularmente un coeficiente para los “hispanos” en las regresiones que pretendían establecer las determinantes de una amplia gama de patologías sociales. La industria de la investigación adoptó la nueva clasificación sin preguntarse siquiera si en verdad existían los “hispanos” como algo más que una categoría estadística. Douglas Massey ha expuesto un fundamentado argumento que lo niega:

La población hispana representa a un conjunto diverso de grupos de nacionalidades diferentes, fragmentados por clase y generación. No tiene una vida independiente y no existe salvo como parte de las categorías clasificatorias creadas por los estadísticos federales para proporcionar datos sobre la gente de origen mexicano, cubano, portorriqueño u otros grupos hispanohablantes que radican en Estados Unidos [...] No existe una población “hispana” de la misma manera que existe una población negra. Los hispanos no comparten una memoria histórica común y no comprenden una comunidad única y coherente [...] Decir que alguien es “hispano” o “latino” dice poco o nada de las actitudes, comportamientos, creencias, raza, religión, clase o situación legal en Estados Unidos de dicha persona. La única certeza razonable que revela es que la persona en cuestión o alguno de sus progenitores vivió alguna vez en una región originalmente colonizada por España.⁵³

La aceptación acrítica de las definiciones que elaboran el gobierno o las instituciones sobre una situación determinada puede dar lugar a

⁵² Sharon M. Lee, “Racial Classification in the U. S. Census: 1980-1990”, *Ethnic and Racial Studies*, núm. 16, enero de 1993, pp. 75-94.

⁵³ Douglas S. Massey, “Latinos, Poverty and the Underclass: A New Agenda for Research”, manuscrito, Population Research Center, University of Chicago, noviembre de 1992, pp. 5 y 7.

resultados falaces, los cuales, en el mejor de los casos —como en el de los “mulatos” y los “hispanos”—, puede empañar nuestra comprensión de la realidad social y, en el peor, convertirse en la base de políticas descaminadas. La magnitud de los recursos oficiales y privados que se aplican a la investigación aplicada se suma a la capacidad de esta industria para difundir sus resultados e infiltrarse en la corriente principal de las ciencias sociales. De esta manera, los estereotipos institucionales que sostienen diversas agencias patrocinadoras pueden llegar hasta el núcleo de una disciplina y redefinir como “hechos” ciertas clasificaciones a las que se debería considerar cuestionables y ser objeto de un escrutinio.

Conclusión

Las incursiones *condottieri* contra la corriente científica pueden también desencadenar una reacción. Así, alrededor de la misma época en que Boas y sus discípulos estaban expulsando a los spencerianos de la antropología, Robert Park y Ernest Burgess, de la Universidad de Chicago, empezaron a promover una interpretación diferente de los trastornos mentales entre la población inmigrante, basada en el concepto de la marginalidad y en los métodos de la ecología social.⁵⁴ En la sociología, esta tradición culminó en una serie de estudios comunitarios que utilizaron amplios muestreos probabilísticos, los cuales derrumbaron la especulación evolutiva y demostraron la influencia que ejercían la clase y el contexto sociales sobre la etiología de la enfermedad mental entre los inmigrantes. En el razonamiento original de Park, la distancia social entre los entornos de origen y de destino surgió como el concepto maestro que sustituyó a los anteriores argumentos genéticos; la clase social reducía esta distancia, mientras que factores tales como un origen rural la incrementaban. Sintetizando este cuerpo de investigación de finales de las décadas de los cuarenta y cincuenta, Srole y colaboradores concluyeron que:

Lo que es decisivo para los inmigrantes *no* es su trasplante a las metrópolis estadounidenses *per se*, sino su restablecimiento en ellas a partir de su tipo

⁵⁴ Robert E. Park, “Human Migration and the Marginal Man”, *American Journal of Sociology*, núm. 33, mayo de 1928, pp. 881-893; Robert E. Park y Ernest W. Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago, University of Chicago Press, 1921; de los mismos autores, *The City*, Chicago, University of Chicago Press, 1925.

particular de entorno original y, principalmente, de estratos socioeconómicos bajos en sus granjas, aldeas o pueblos natales [...] El hecho de querer comprimir los profundos cambios históricos de un siglo en revolución en unos cuantos años de la vida adulta de un individuo puede cobrarle un elevado precio a su salud psicológica.⁵⁵

A su vez, en el campo de la psicología social, a los investigadores canadienses Peal y Lambert les bastó introducir un sencillo control de la clase social para desbaratar décadas de “resultados” sobre la inferioridad intelectual innata de los niños inmigrantes bilingües. En lugar de comparar muestras de niños nativos de clase media contra muestras de inmigrantes de clase baja, como lo habían hecho invariablemente los estudios previos, Peal y Lambert aparearon sus muestras de Montreal por categoría socioeconómica y variables relacionadas. Al hacer esto, las diferencias en la inteligencia siguieron apareciendo, pero en sentido contrario, es decir, los niños bilingües de hecho superaban a los nativos monolingües de la misma clase, especialmente en las pruebas relativas a la formación de conceptos y la flexibilidad de cognición. Este resultado se presentó repetidamente en varios estudios posteriores.⁵⁶

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero con éstos basta para ilustrar el punto de que las intrusiones intelectuales, ya sea entre disciplinas o desde el nivel aplicado al nivel puro de un campo, provocan reacciones que al cabo pueden relinar o vigorizar los fundamentos de una disciplina. Así, la transgresión, en sus distintas modalidades, es un rasgo esencial de la empresa científica, que corre parejo con las labores de la “ciencia normal” consistentes en recabar e interpretar hechos a la luz de un paradigma dominante. Mediante tales “choques” externos, una comunidad científica puede redefinirse, ya sea al tomar conciencia de las anteojeras que lleva puestas, al abandonar las generalizaciones simplistas o al redescubrir el núcleo intelectual que está dormido. Como si llevaran un espejo, los cruzados, los guerreros solitarios y otros transgresores diversos muestran a una disciplina determinada una imagen nueva y frecuentemente crítica de ella misma. El espejo puede estar opaco y la imagen distorsionada, pero ello no resta valor al hecho de la confrontación. En la medida en que la ciencia social aprende a separar lo intelectual de

⁵⁵ Leo Srole, Thomas S. Langner y Stanley Mitchell, *Mental Health in the Metropolis: The Midtown Manhattan Study*, Nueva York, New York University Press, 1962, p. 354.

⁵⁶ Elizabeth Peal y Wallace E. Lambert, “The Relation of Bilingualism to Intelligence”, *Psychological Monographs: General and Applied*, núm. 76, 1962, pp. 1-23.

lo social, como Robert Merton lo observó hace mucho tiempo, evita la tan repetida degeneración de las diferencias de ideas en conflictos de personalidades,⁵⁷ las diversas modalidades de intrusión en un feudo ajeno pueden redundar en un desarrollo más sano de las disciplinas involucradas.

Recibido en febrero y revisado en marzo de 1996

Correspondencia: John Dewey Professor of Sociology and Chair/ Johns Hopkins University/ Baltimore, Maryland 21218/ USA/ 95 410 516 75 90.

⁵⁷ Robert K. Merton, "Social Conflict in Styles of Sociological Work", en *Transactions of the Fourth World Congress of Sociology*, Couvain, Bélgica, International Sociological Association, 1961, pp. 21-46.